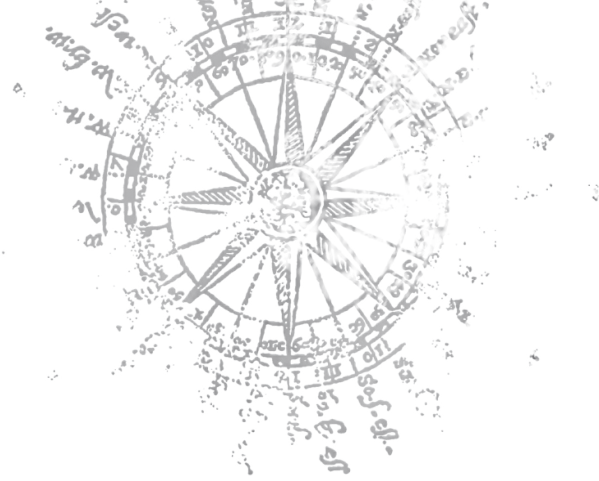
J.L. Badal

Ilustraciones de Jordi Lafebre

Traducción de Marcelo E. Mazzanti

laGalera

*A Pau y Laia.*
*A todos los Juan Plata del mundo.*
*Al «Estrella del Mar».*



Primera edición: marzo de 2016

Diseño de la portada: Book & Look
Diseño del interior y maquetación: Book & Look
Imágenes de guardas: fotomontaje de Jordi Lafebre
Título original catalán: *La fi del món*
Edición: David Monserrat
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Josep Lluís Badal, 2016, del texto
© Jordi Lafebre, 2016, de las ilustraciones
© Marcelo E. Mazzanti, 2016, de la traducción
© La Galera, SAU Editorial, 2016, de la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com lagalera@editorialgalera.com
facebook.com/editoriallagalera
twitter.com/editorialgalera

Impreso en Egedsa
Roís de Corella, 16. 08205 Sabadell

Depósito legal: B.252-2016
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5684-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

ALGUNOS PERSONAJES...

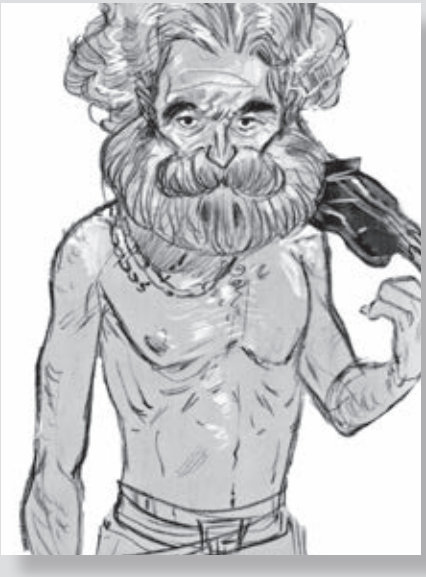
# Juan Plata

Es un chico apocado e inseguro que descubre que tiene un padre pirata y una madre sirena. Que cada día es una sorpresa que hay que esperar y aceptar con los brazos abiertos. Y que el mar, o la vida, ponen a tu lado amigos y maestros muy especiales. Pero también enemigos terribles, algunos de los cuales odian sin motivo aparente a Juan, como el poderoso niño Krusso, de cabello blanco del todo, que siempre acompaña a Gaddali «Caracortada», otro enemigo mortal... Ariadna, su amiga, da a Juan su primer beso. Bajo el agua, Rosmarina, la sirena de pelo naranja y preciosos ojos, también lo ha besado... Y ahora, además, tiene que tomar decisiones importantes. ¿Serán todas acertadas? Quizás no...

# Cacho Sable

El gran pirata, Juan Plata padre, el hombre más valiente del mundo... ahora está enfermo. Para salvar a su familia y a su tripulación completó el sable de Serapión con el fragmento que le faltaba, y eso lo convirtió en un ser poderosísimo pero que hería a aquellos a los que quería. Lo escondió en una isla, cosa que lo debilitó mucho. Cacho Sable teme por el futuro, y a la vez siente admiración por su hijo. Si no hubiera sido por Ahabba, la ballena voladora inventada por Vinividi, Siccomuoro ya los habría destruido. Su esposa, Amina, madre de Juan, poco puede ayudarlo esta vez, porque bajo el mar ha aparecido el mal: en forma de gran infección para las sirenas, o en la terrible figura de Kirtimukha.

# Milos Korzeniowski



Segundo de a bordo en el *Estrella del Mar,* el hombre de más confianza de Cacho Sable. Alto, bondadoso, prudente, preocupado, protege a Juan desde el primer día, como si fuera un hijo. Su vida es un misterio para sus compañeros, que apenas saben que tiene una hija en algún lugar del Mediterráneo, que la añora mucho, que fue abandonado por su querida Irya Schumman, y que quizás tenga aún más familia... Su sable Kokoro es una de las mejores armas del mundo. El otro tesoro de Korzeniowski es su antiquísimo violín, Jakob.

# Siccomuoro Black

Cruel capitán del *Onikónathós*, el barco de uñas de muerto, enemigo a muerte del *Estrella del Mar,* de Cacho Sable, de Juan... y ahora señor del sable de Serapión, que lo vuelve invencible. Posee una tercera pierna que acostumbra a llevar replegada con correas y que suelta durante los combates, lo que le confiere una fuerza y velocidad excepcionales. Su tripulación parece pensada como copia en negativo de la del *Estrella del Mar*.

# Madame Zuleika Blavatzsky

Regenta la taberna Paradissus junto con Cherubino. Misteriosa mujer que, según aseguran algunos, es inmortal, y que practica la magia negra y la alquimia, habla con acentos diferentes según el día y parece saber muchas cosas sobre el futuro y el pasado de la gente. Mme. Blavatzsky es el alma de la taberna... Cherubino es el inmenso camarero, pelirrojo, con trenzas vikingas, amigo de Big Sam y tan fuerte como él. Puede poner orden por si sola en una batalla de treinta personas. Cuando está contenta canta ópera.

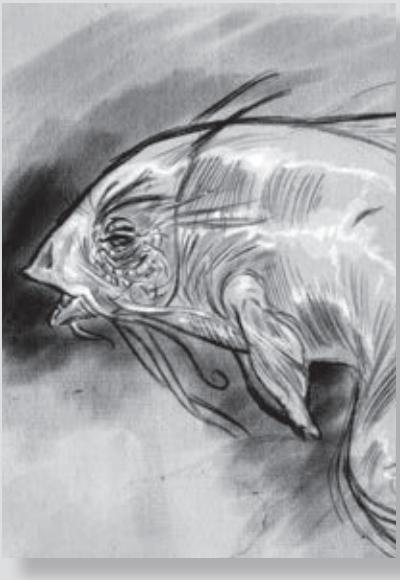
# Áuton

Áuton es un misterio. Apareció en la escuela de repente, triste, encerrado en su mundo y con extrañas manías. No puede ser abrazado porque vomita y, en ocasiones, desprende un intenso olor a caramelo de limón ácido. Su lógica especial y limpia (con un don extraordinario para las matemáticas), sus sentimientos puros, han hecho de él un amigo inseparable de Leonardo, el pequeño y sabio autómata que es más humano que muchos humanos, y de Juan. Cuando se siente muy feliz o se asusta de repente, se tumba en el suelo, abierto de brazos y piernas, y asegura ser una estrella de mar, su animal preferido.

# Kirtimukha

Es el puro mal. El monstruo que devora, que un día se devoró a sí mismo y ahora es solo un rostro devorador. Duerme en el fondo del mar, alimentado por la oscuridad y por su propia hambre. Se dice que el día que despierte acabará devorando el mundo entero y solo quedará su rostro plano flotando en el espacio. Solo lo pueden despertar tres cosas: una pesadilla, un volcán submarino o la sangre de una ballena. Pero parece que ha despertado. Que de él proviene el nuevo poder del *Onikónathós* y quizás la infección que amenaza con convertir a las sirenas en monstruos...

# Serapión



Es uno de los tres señores del mar. Suele vivir bajo el agua con apariencia de gran salmón, pero también puede aparecer fuera, como un enorme anciano (tal y como se le aparece a Juan en la taberna Paradissus). También puede transformarse en un albatros volador... Fue él quien arrancó de un mordisco un trozo del sable de Serapión, para evitar que nadie poseyera tanto poder. Ha guiado a Juan a través de los sueños, y le ha hecho guardar el fragmento. Conserva tanta memoria, tanta sabiduría y tanto poder que no quiere mezclarse demasiado en los asuntos humanos. Pero en el fondo del mar las cosas también han empezado a ir mal...

# Resumen de *Juan Plata V*…

Barbanegra ha salido del infierno. En realidad se trata de la hija de Barbanegra, Ánikra, que, si bien nacida inocente, ha heredado la maldición de su padre. La maldición y el cuerno que su padre cortó al unicornio, el amigo de Ánikra. Ahora ha reclutado, a bordo del *Venganza*, una tripulación de mujeres terribles: Madame Bombay, Bya, Stix, Tinith, Sopheia… a la que se ha unido Leontinne, la autómata que estaba fabricando Leonardo, y Atalanta, que lo hace para ayudar a Cacho Sable y sus amigos. Por su parte, Juan sueña con Ariadna y su madre, que están con Janina en el Jardín de los Durmientes, enterradas hasta las rodillas. Intenta rescatarlas bajando al infierno por la puerta que se halla en la Isla de los Prisioneros. Pero para hacerlo tiene que volverse traidor, y por eso permite que Barbanegra destroce la Ahabba en uno de sus ataques. Será Carmina quien, en un abrazo que durará tres días, en el mar, le ayudará en su soledad. La Ahabba, por su parte, ha sido mejorada tanto que lleva a los tripulantes del *Estrella del Mar* a ver la Luna de cerca. Y es en este viaje que Áuton les

cuenta su historia. Él era uno de los tres Señores del Mar, pero abandonó sus poderes a cambio de salvar la vida de un niño, Áuton, del que ha adoptado su aspecto. En el infierno, Juan tiene que luchar consigo mismo, y recibe varias importantes informaciones. Para destruir a Kirtimukha hará falta una piedra lunar, el Sable de Serapión, un corazón dispuesto a sacrificarse por su amor o el Gran Bebé, que nadie parece saber quién es. En la taberna Paradissus, donde ha habido muchos cambios, Big Sam rescata a Oliver, que se parece tanto a él (aunque es pelirrojo) que todos empezaban a considerarlos padre e hijo. Pronto a Oliver lo llaman Pequeño Sam… Al final de *Juan Plata V*, Big Sam pide a Juan que se encargue de la preparación de Oliver. En la taberna, Juan también aprenderá cómo ir al Jardín de los Durmientes: «por la izquierda de tus sueños». ¿Cómo se hace eso? La batalla contra Barbanegra es inevitable. Cuando llega, es cruel, brutal, sangrienta. Aparece Poseidón, con el Sable de Serapión. Barbanegra traiciona a todos, está a punto de cortarle una mano a Juan. Cuando Barbanegra va a matar a Juan con el cuerno del unicornio, Áuton se interpone y lo recibe en su pecho. ¿Está muerto? No. Él, tercer Señor del Mar, era el unicornio. Aquel a quien Barbanegra había cortado el cuerno. Ahora se transforma en este maravilloso animal y recupera sus poderes. Coge el Sable de Serapión y se lo lleva, cabalgando mar adentro. Cacho Sable hiere a Barbanegra, que huye. Kirtimukha aparece en el horizonte, como un árbol gigantesco y negro con un gran ojo en el centro. «¿Acabará algún día este sueño?», se pregunta Juan.

# CAPÍTULO I

## El silencio del mar. Ante el esqueleto de Big Sam

Ahora sabemos que hay personas que eligen el día y la hora de su propia muerte. Esta es la historia de Juan Plata, el hombre que aprendió que, cada vez que sale el sol, el mundo sorprende con una nueva maravilla; o con un maravilloso infierno.

El anciano caminaba lentísimamente por la playa. Sus piernas habían sido extraordinariamente fuertes años atrás. Podía saltar de un mastelero a otro y aún le daba tiempo a dar una voltereta. ¿Qué se había hecho de aquella agilidad? Sus brazos, trémulos como hojas de caña, habían empuñado armas increíbles, habían luchado feroces –contra Barbanegra, por ejemplo–, habían abrazado tiernamente a Rosmarina… Sus ojos, que habían contemplado tantas batallas, tanto amor y tanta libertad, ahora apenas distinguían una ola de otra. ¡Su boca había reído, hablado y besado tanto! Pero ahora tenía ciento tres años y solo sabía evocar días y soles perdidos.

El sol se ponía, como una yema de huevo hervido durante todo el día que ya hubiera dado de sí toda la sustancia que podía. El anciano caminaba hacia el arrecife como si tuviera todo el tiempo del mundo. ¡Y tenía tan poco…!

Tres gaviotas le sobrevolaban. Una de ellas gritó su nombre: «¡Juan!».

Era Juan. Juan Plata, un anciano de ciento tres años, rico en recuerdos y pobre en amigos. ¿Qué se había hecho de todos ellos?

Medio ciego, el hombre alzó la cabeza al cielo. Le parecía oír la voz de sus compañeros de aventuras:

–¡Por aquí, Juan! ¡No te pierdas! –hubiera dicho Big Sam.

–¡Juan, pulpillo, ven aquí ahora mismo! ¡Al arrecife! –reiría Esopo.

–¡Dejadlo tranquilo, hombre…!

El anciano sonrió. Su memoria era un turbio océano de rostros, sentimientos y hechos. ¿Dónde estaba Cacho Sable, el hombre más osado y valiente del mundo? Hacía tanto que había muerto… Su madre, Amina, en el Jardín de los Durmientes para siempre, con Janina y Ariadna. Esylth y Atalanta, muertos el uno en los brazos del otro. Leonardo, viajando por el mundo, solitario y desesperado como un alma en pena. Y Big Sam… a Big Sam lo veía entre los escollos.

Las olas estallaban con más fuerza entre las rocas. El viejo Juan daba tumbos, a cuatro patas, haciendo equilibrios entre algas, moluscos y charcos de agua tibia.

El sol, en el horizonte, desaparecía. En cambio, la memoria se iluminaba.

Entre dos grandes masas de roca que el agua cubría de lágrimas, yacía lo que quedaba del *Estrella del Mar*. La sirena del mascarón de proa y un fragmento de quilla que aún sostenía partes del casco. En uno de los tablones, un nombre que durante siglos había causado temblores de miedo o de alegría: STELLA MARIS, «estrella del mar».

El viejo Juan, temblando sobre la roca desnuda y temeroso

de caer al agua, recibía las salpicaduras del mar en el rostro como una bendición.

–¿Sientes el océano en la cara? Es la vida que te llama, hijo mío… –le decía a veces su padre cuando hablaban, a medianoche, sentados en el bauprés.

El anciano acercó su mano llena de cicatrices al rostro de la sirena.

–Vieja amiga…

La sirena, apenas un trozo de madera, había perdido medio pecho, un brazo y parte de la cola. El resto de su cuerpo, a causa de la sal, las tormentas y los excrementos de las gaviotas, ya no poseía su antigua belleza. Pero seguía sonriendo. Sonreía pacífica y bondadosa, como si ya solo supiera sorprenderse de la belleza del mundo.

–Amiga mía –El viejo Juan temblaba–… El primer día que te vi, en la cala Plata, me pareciste lo más bonito del mundo.

–Oh, el *Estrella del Mar* siempre ha sido la nave más bella que ha surcado un océano –sonrió la sirena.

–¿Oigo tu voz o es que soy un viejo que ya se imagina cosas? O quizás sea que hoy se me tienen que abrir las puertas a otro mundo y se ha acabado mi aventura.

Las olas habían aflojado su latido, como un corazón en el momento de dormirse.

–¿Y eso qué importa, Juan? –sonreía eternamente el viejo mascarón–. Siempre aceptaste tu destino. ¿No es eso lo que te han enseñado tantos años maravillosos?

Juan acariciaba el rostro de la sirena.

–Sí. Pero querría poder sonreír siempre, como tú.

–¿Y no puedes?

El anciano apartó la mano y agachó la cabeza.

–Ya sabes que no puedo.

Alzó el brazo y señaló el esqueleto de Big Sam. De lo poco que quedaba del palo mayor, más allá, surgía un fragmento muy podrido de mastelero. De la punta del palo colgaba una enorme jaula. Había sido de oro, pero la suciedad de los años la había ennegrecido.Dentro, sentado como un niño, estaba el esqueleto descomunal de Big Sam. Con el cráneo torcido en un gesto de timidez, parecía pedir perdón por su muerte prematura. Dentro de aquel cráneo bondadoso había anidado una familia de las mariposas llamadas *Azuretta Allegria* o Mariposa del Mar, unos lepidópteros extraños y atrevidos que nacían en el mar y morían inmediatamente si eran alejados del agua. Estas criaturas brillaban como chispas al sol poniente y dibujaban una sonrisa en el rostro blanco que había sido Big Sam. Después se posaban, majestuosas en su pequeñez, sobre la frente inmensa y noble que parecía una bola del mundo tras la que se pusiera el sol.

–Sam –se estremeció Juan–, ¿tú no quieres decirme nada?

La calavera callaba, como había hecho los últimos noventa años.

–Déjalo descansar, Juan –sonrió la sirena–. Y perdónate a ti mismo.

Pero el anciano estaba empeñado en hablar con el esqueleto.

–Fue culpa mía, Big Sam. Creí que la jaula de Vinividi era una buena idea, un cebo para Kirtimukha. Te animé, tú quisiste subir… Yo tendría que haberte… Oliver…

La calavera le miraba, parecía sentirse en paz. Una de las mariposas azuretta se le posó en un ojo. Brilló un instante, como una lágrima.

La sirena sonrió dulcemente.

–Has tenido una vida rica y llena de aciertos, Juan. Has salvado a mucha gente y has dejado buenos recuerdos a tu paso. Un día, algún descendiente tuyo oirá hablar de tus batallas, o las leerá en un libro. Entonces, si pudieses verlo, sentirías que tu vida ha tenido sentido. Has tenido una bella vida, joven marinero. Pregúntale al mar…

Durante unos segundos la sirena había hablado con la voz de su madre, Amina.

Juan miró al horizonte. Los últimos tejidos rosados de la tarde se confundían con el azul espeso del firmamento.

–¿Y tú, mar, qué quieres decirme? ¿Qué me has estado diciendo todos estos años?

Pero el mar no dijo nada ese día.

Cada vez más calmado, cada vez más hermético, solo tenía un gran silencio que ofrecerle.

Juan sintió esa calma y ese silencio en su corazón, como un vacío.

–¿Así es entonces, sirena, como me despido?

El mascarón sonrió un poco más intensamente. Y una vez más se oyó su voz.

–Da las gracias, Juan. Has tenido una vida afortunada.

Una mariposa azuretta se posó en la mejilla del anciano. Quería que sonriese.

–Tienes razón, amiga mía. Gracias entonces. Gracias. He tenido una vida maravillosa.

Suspiró. Y pareció que el mar entero soltase un enorme bufido.

¿Eran las voces de Big Sam y Leonardo que lo llamaban muy, muy a lo lejos? También estaban Ariadna, Janina, sus padres… y hasta Juanita Roja. Todos, todos ellos con la alegría con que habían gritado todas las mañanas del mundo que habían tenido la suerte de compartir.

«¡PLAFFZS!»

–¡Deszpierrta ahorra, chico, o szerrá demasziado tarrde!

Madame Blavatzsky le abofeteó tres veces más. «¡Plafzs, plafzs, plafzs!». Después hundió el rostro de Juan entre sus dos pechos maternales.

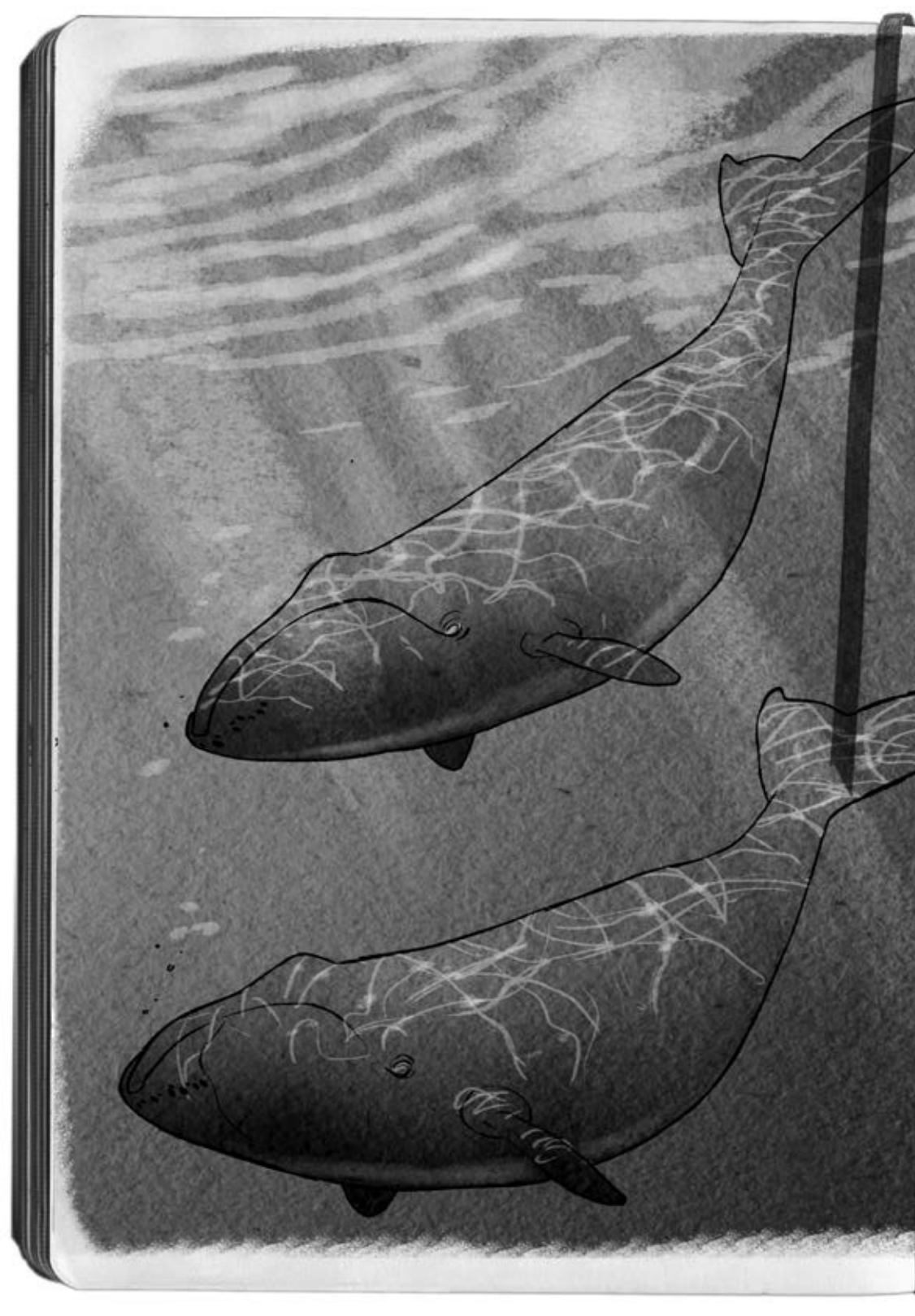
–¡Levanta, dorrmilón! ¡O le dirré a Cherrubino que te tirre por la ventana! ¡Venga, hijo mío!

Madame Blavatzsky se había pintado la Osa Mayor en el párpado derecho y la Osa Menor en el izquierdo. Eso le confería un aspecto grotesco, porque parecía que tuviera un ojo más grande que el otro.

O quizás fuera que su ojo derecho, el que usaba para mirar al

futuro, se había quedado horrorizado por los terribles hechos que se avecinaban.

«¡Plafsz!», le pegó otra bofetada. Era importante que Juan se despertase antes de soñar con el instante de su muerte.



# CAPÍTULO II

## El futuro.
## Orso.
## Erupciones

El sol aún se estaba poniendo. Las tres gaviotas se habían posado en la roca, a pocos metros, y miraban curiosas al anciano moribundo. El viejo Juan sonrió y cerró los ojos. Una mariposa azuretta se le posó sobre la oreja. Por fin oyó el silencio del mar.

Pero Madame Blavatzsky estaba empeñada en hablar. Hacía explotar en todos los oídos su extraña mezcla de acentos, y de vez en cuando usaba su mano, dura como la de un forjador.

–¡Plafzs! ¡Deszpierrta, *mon petit*! ¡O acabarrás como una szarrdina en eszcabeche, porr la madrre de todosz losz dioszesz!

Juan abrió los ojos. Una ventana. Y, detrás, el sol poniéndose. Tres gaviotas lejanas. Estaba en la taberna Paradissus.–¿Lo tiro por la ventana, Madame? –Era la voz de Cherubino.

–No hasze falta… ya abrre losz ojosz.

Cherubino. Juan recordó. Se miró las manos, jóvenes de nuevo. Habían ido a la taberna Paradissus (ahora taberna Don Pasquale Rossini) a buscar información sobre la Piedra Lunar, sobre el Gran Bebé… El mundo parecía perdido. Rosmarina, Janina y Amina desaparecidas, flotando en el Jardín de los Durmientes. Para ir había que dirigirse «a la izquierda de tus sueños». ¿Cómo se hacía eso? Las lobenas eran cada vez más monstruosas. Los sueños de K, cada vez más voraces. Y Kirtimukha había abierto su ojo. Había devorado una isla entera. Devoraba barcos y devoraba los misiles y los reactores con los que los pobres gobiernos le atacaban. Pronto devoraría países enteros. Quizás el océano, o el mundo.

–¡Madame Blavatzsky!

–¡Plafzs!

Esta vez había hecho más daño.

–Hombre, no era necesario, Madame…

–Te debía una, querrido Juan… –sonrió la mujer.

Juan había estado durmiendo en el Salón de los Futuros Posibles, Cherubino lo había llevado. ¡Quizás allí encontraría alguna respuesta! Había soñado con el último día de su vida.

–He visto a Big Sam…

–¡Ojom! –carraspeó Big Sam, que estaba sentado en un rincón, sobre un taburete minúsculo, con Oliver en las rodillas.

–¡Sam! –Juan se le echó al cuello.

–¡Poro Juan! ¿Qué te pasa? –rio el gran hombre.

Juan lloraba como una criatura. «Oh, Sam… Fue culpa mía… Te he visto…».

Oliver se le abrazó. También se echó a llorar. Sus cortos brazos tenían tanta fuerza que hicieron sonar las vértebras de Juan.

–¿Pero por qué lloras tú, pequeño?

–¡Jof! –Big Sam arrugó la frente–. Tiene demasiada hambre. Para merendar ha tomado un kilo y medio de cerezas…

–¿Tanto te gustan las cerezas, Oliverón?

–…¡con hueso y todo! –acabó Big Sam.

–¡Oh!

Oliver se miraba los dedos e hinchaba los mofletes con sentimiento de culpa. O quizás era simplemente que le dolía la barriga.

Juan se volvió hacia Madame Blavatzsky, que se sentía incómoda en ese salón.

–¡Madame, he visto el futuro! No me ha gustado…

La mujer reía solo con media boca. El ojo en el que se había pintado la Osa Mayor se le cerraba solo.

–Ah, *mon petit cherri*, no te prreocupesz porr nada. El futurro no esztá eszcrrito. ¡No exiszte! Szolo lo crreas tú cuando lo mirrasz…

Juan no lo entendía.

–¿Y si no lo miras?

Madame Blavatszky hinchó la papada y se miró el escote. «¡Oh, me pintarré Orrión y Andrrómeda, una consztelaszión en cada pecho!», pensó en voz alta.

–¡Szi no lo mirras, peorr parra ti! ¡Porrque entonszes el futurro sze conszstrruye igualmente, perro no queda tan bien porrque lo conszstrruyesz a sziegasz!

–Entonces…

–¡Entonszesz no hasz viszto nada de nada en tu szueño! ¡Nada de nada! Szolo uno, uno de tusz futurros poszibles. ¡El futurro de verrdad lo haszesz tú con cada desziszión que tomasz!

«¡Plafsz!», iba a sonar de nuevo un bofetón. Pero Juan, que ya estaba despierto del todo, lo esquivó. Cherubino sonrió. «¡Plafzs!», recibió él el tortazo.

–¿Y tú de qué te rríesz? Eszte chico ya sze ha deszperrtado del todo. ¡Vámonosz de aquí!

–Este salón no le gusta nada –susurró Cherubino a Big Sam–. No le gusta ver el futuro. Dice que le hace olvidar el presente.

–¡Claro! –dijo Oliver. Y abrió mucho los ojos, por si había dicho alguna inconveniencia. Entonces le dio un ataque de hipo.

–Me parece que tu discípulo también quiere participar en las conversaciones de los mayores…

Juan separó los labios. «Su discípulo…». Big Sam le había pedido que entrenara al Pequeño Sam. Cogió al niño de la mano.

–Venga, salgamos de aquí antes de que Madame Blavatzsky empiece a renegar en alguna lengua extraña…

De la gran sala de abajo ascendían unas carcajadas brutales y contagiosas.

–¡Uaaaarrgh-ha-ha-haaaac…! –sonó la poderosísima voz.

–¿Qué es? –rio Juan.

–¡Oh! –rio también Madame Blavatzsky–. Esz un sabio… ¡Esz Orrszo!

Había habido cambios en la taberna. Madame Blavatzsky ya no se autorrecluía en el Salón de los Ausentes. Paseaba libremente por la que había sido su taberna, con cara de tristeza y, a menudo, con dos o tres caras de tristeza. Aquella mujer extraordinaria se desdoblaba en dos o tres Madames Blavatzsky e iba de aquí allá hablando sola, a veces hablando consigo misma, leyendo o esperando el futuro ante la ventana. Solía llevar una vela de cera azul en la mano, encendida, y la

contemplaba como quien espera una llamada importante. Si alguien le proponía que recuperase su taberna, que no le resultaría nada difícil, lo miraba con cara de menosprecio:

–Eszta corrte de puerrcosz ya no esz mi taberrna…

Don Pasquale Rossini se había convertido en un ser grotesco. Mientras poseyera la Piedra de los Antepasados de Madame Blavatzsky, y mientras ella no denunciara públicamente que la Piedra había sido robada, él era el propietario legítimo de la taberna. Pero a la Blavatzsky no parecía importarle. A Don Pasquale Rossini, en cambio, algo le había sucedido. Paseaba por entre el desorden de las mesas y la suciedad acumulada como si fuera el último cliente. Decía cosas sin ningún sentido:

–¡Oh, Juan Plata! –Se le había acercado silenciosamente–. Sed bienvenido, *signore*… Pero habéis de recordar que no tenéis permiso para entrar en la Taberna Don Pasquale, *signore*. Seréis siempre bienvenido, *signore*… ¡sí, sí, sí, *signore*!

–¿Perdón? –Juan no sabía a dónde mirar. Rossini contorsionaba el cuerpo y miraba en todas direcciones, pero nunca a los ojos de su interlocutor.

–¡Oh, no, *signore*! –saltó a un lado el extraño personaje–. No, no, no, *signore*… ¡Sois vos quien ha de perdonarme a mí! ¡Hoy me he tomado un agua de Vichy!

–¿Y…?

–Y ahora querría expulsarlo de mi taberna, *signore*, *benvenutto*, *benvenutto*, sí, sí, sí… La casualidad ha hecho que vos y yo tengamos la misma cara…

# Jordi Lafebre

Nació en Barcelona, en 1979. Historietista, ilustrador y diseñador gráfico, se formó en Bellas Artes en la Universidad de Barcelona y en la escuela Joso. En 2001 comenzó a publicar ilustraciones y a dibujar cómics. Poco después publicó la serie «El mundo de Judy», con guion de Toni Font. Después de conocer a Zidrou, guionista belga afincado en España, comenzó a trabajar para el mercado francobelga, primero para la prestigiosa revista *Spirou* y después en diversas obras colectivas con Zidrou de guionista. Su primer trabajo largo conjunto fue *Lydie* (Dargaud, 2010), seguido por el fantástico *La Mondaine* (Dargaud, 2014), también con guión de Zidrou. Actualmente también enseña ilustración y diseño gráfico en la escuela Joso.

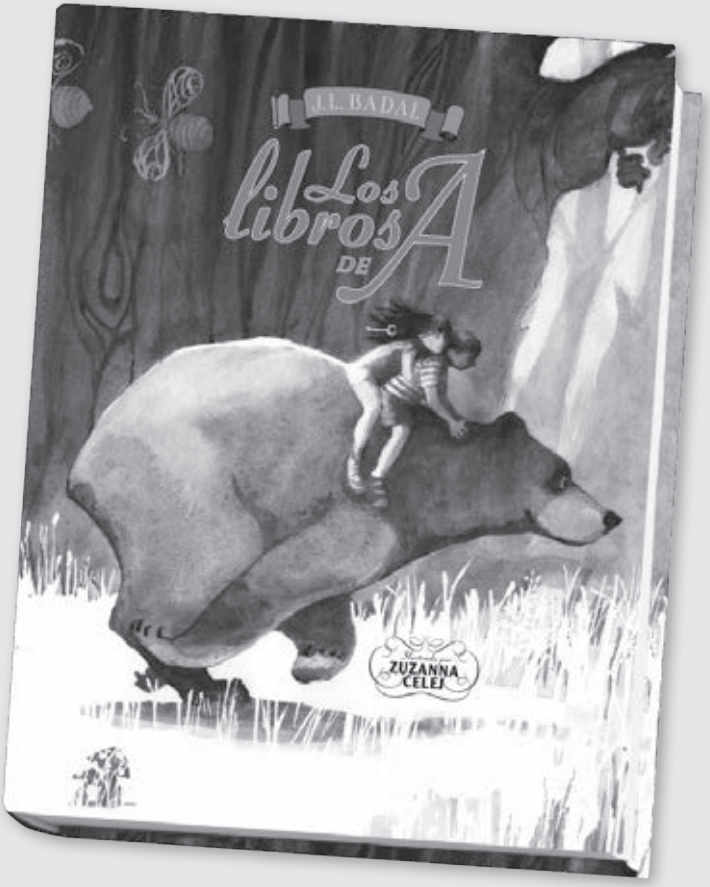
# Josep Lluís Badal

Nació en Ripollet del Vallès, en 1966, pero vive desde hace tiempo en Terrassa. Licenciado en filología. Se ha dedicado a oficios muy diversos, y actualmente es profesor de lengua y literatura. Ha publicado textos de crítica y creación en revistas especializadas. Realizó una corta aventura como editor. Ha publicado, también, dos libros de narraciones, una novela y libros de poesía. Por lo que respecta a la literatura infantil, hasta ahora han aparecido publicados *El pirata Gorgo*, *La orquesta Ursina*, los seis títulos de la colección «Juan Plata» y el extraordinario *Los libros de A*, todos publicados en la Galera. Con *El misterio de los piratas* ganó la 50 edición del prestigioso premio Josep M. Folch i Torres de literatura infantil.

# LOS TÍTULOS DE LA SERIE:

J. L. BADAL
JUAN PLATA
LA MUERTE Y LA VIOLETA

J. L. BADAL
JUAN PLATA
LOS SEÑORES DEL MAR

J. L. BADAL
JUAN PLATA
UNICORNIO

Sumérgete en la fantástica novela de Josep Lluís Badal: